

directa y pública de su duelo, y apenas se obtuvo el consentimiento del Illmo. Sr. Arzobispo para proceder á ella, quedó acordado que el cadáver del Sr. Espinosa se traería de San Pedro al Santuario de Guadalupe de esta ciudad, para conducirlo de allí solemne y procesionalmente á la Santa Catedral la tarde del 27. Los Sres. Lics. D. Dionisio Rodriguez y D. Trinidad Vereá, y el Sr. D. Agustin L. Gomez, firmaron elegantísimas invitaciones á las personas que debian formar este cortejo.

Amaneció por fin el dia en que las pompas fúnebres iban á comenzar. Todo participaba en Guadalajara, del aspecto imponente y magestuoso de las lúgubres ceremonias que dentro de pocas horas tendrian lugar: el tiempo pasaba en medio de melancólica agitacion; y por instantes crecia el ardor con que procuraban los grandes y los pequeños, las clases acomodadas y las desvalidas, sin exceptuar ningunas, rendir los primeros sus homenajes á las santas y caras cenizas que estaban próximas á venir.

Se hizo, sin embargo, de manera que no fuese sabida la hora en que se trasladarian al Santuario de Guadalupe, por no haberse dispuesto la pública festividad sino para la conduccion á la Catedral; mas fué imposible que el carro que traia el féretro, y los carruajes que lo seguian, pasasen desapercibidos por las calles de la ciudad, en las que comenzó á formarse un séquito silencioso y espontáneo, que al llegar al primero de aquellos templos, se

habia convertido ya en notabilísimo concurso. En la puerta de la iglesia, á la cual apenas se podia penetrar, esperaban el Señor Cura y el clero de la Parroquia revestidos de negros ornamentos: en el Presbiterio se hallaban muchos de los Señores Capitulares, que concurrían á esta primera recepcion dentro de la ciudad; y en el centro del templo se habia levantado un vistoso túmulo, en que fué depositado el féretro, cantándose luego una solemne Misa en sufragio del distinguidísimo finado.

A las cuatro de la tarde la calle que conduce del Santuario á la Catedral, no era bastante para contener la inmensa muchedumbre que se precipitaba á ella, que invadia además todas las avenidas transversales, y llenaba tambien el jardin de Sto. Domingo y las mismas plazas del Santuario, de la Catedral y de la Soledad. Los balcones y las ventanas del tránsito ostentaban enlutadas colgaduras, y en los unos y en las otras, así como en las aceras de ambos lados de la calle, se encontraban numerosísimas familias de nuestra sociedad, que aguardaban mudas y silenciosas, el paso del fúnebre cortejo que iba á desfilar. Este habia comenzado en el entretanto á organizarse dentro y fuera de la Iglesia del Santuario, por diversas comisiones destinadas á atender á los incontables concurrentes; y á las cuatro y media por fin, dada la señal de marcha, comenzó en medio de quince á veinte mil expectadores á caminar la procesion,

guardando el orden siguiente, que con anticipacion se habia fijado por medio de esquelas repartidas á la concurrencia:

- Las escuelas particulares de la ciudad.
- Las escuelas de la Sociedad Católica.
- Las escuelas parroquiales.
- Los alumnos seculares del Seminario Conciliar.
- Los particulares convidados.
- El clero de la capital.

El féretro, á cuyos lados iban cuatro párrocos de la ciudad, y sesenta de los alumnos de la Escuela de Jurisprudencia de la Sociedad Católica, destinados á conducir en hombros el cadáver.

Los dolientes eclesiásticos que lo eran dos representantes del Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo, tres antiguos Superiores de órdenes regulares, y el otro párroco de la capital.

Los dolientes seculares, que lo eran vecinos respetables de la ciudad.

Una banda de música, que á la sordina ejecutaba marchas adecuadas.

El carro fúnebre, tirado por soberbios caballos normandos.

El carruaje arquiépiscopal, completamente cubierto con una vestidura negra de terciopelo, adornada de franjas ó galones de plata, y arrastrado por mulas de largas gualdrapas enlutadas, que los palafreneros llevaban del diestro.

Los carruajes particulares.

Este gran cortejo que atravesó compacto y recogido por en medio de la apiñada multitud, en la cual no se miraba una cabeza cubierta, ni se escuchó un grito destemplado, llegó á las puertas de la Catedral á las cinco y media; siendo recibido allí el cadáver por el Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo, que con su Venerable Cabildo aguardaba esa llegada, para dar principio á las augustas ceremonias de la Religion. Los concurrentes ocuparon sus asientos; las puertas de la Matriz acabaron de abrirse para dar entrada á todo el pueblo que pudo penetrar, ávido de asistir al santo espectáculo; y produjo en aquel momento universal admiracion, el aspecto que en su interior ofrecia, la grandiosa Catedral. Harémos de él, la pálida reseña que nuestros recuerdos nos permitan consignar.

Bajo la penúltima bóveda de la nave del centro, se habia erigido un catafalco verdaderamente monumental. Era su base una plataforma de cerca de uno y medio metros de altura, y siete y un tercio en cada uno de sus costados, que imitaban riquísimo mármol negro, y á la cual se ascendia por cuatro escalinatas de siete gradas, á cuyos lados y sobre todo este primer cuerpo, corria una balaustrada de bronce antiguo, interrumpida por ocho pedestales que le servian de apoyo, y sustentaban otros tantos grandes pebeteros de mármol verde antiguo, con adornos dorados sobrepuestos, que arrojaban sin cesar co-

lumnas de aromático incienso, que en tenue velo envolvían el catafalco. En los ángulos aparecían cuatro trozos de columnas de bronce estriadas, sosteniendo pequeños basamentos de mármol verde, de figura caprichosa, en que descansaban cuatro genios de alabastro blanco, que en actitud doliente mostraban en las manos, las insignias arquiépiscopales del finado. Sobre la balaustrada brillaban las luces de ciento sesenta y ocho cirios, repartidos en toda su extensión; y sobre ocho lápidas blancas, marmóreas, que en los costados de la plataforma se descubrían, estaban inscritas las siguientes composiciones:

Ecquis non jaceat nostrum moerore sepultus,
Funerea, eximio, sede, jacente Petro?
Eccujus tepido non vultus rore madescit
Pro patre, dum patris corpus inane videt?

Pastorale pedum magno qui gessit honore,
Sancta, conspicuo pietate, viro,
Hinc obito longe; proprium dum munus obibat,
Solvitur hic praesens exequialis honos.

Doctrina pariter, virtutibus atque decori,
Recte qui semper fecerat ultro viri,
Quem, Pius insignis, vivum laudavit abunde,
Hoc feretrum nobis ossa dolenda tegit.

Nunc baculum tredecim, qui pastorale per annos,
Antistes non unquam ante reflexit opes,
Tramite de recto, tacito nos admonet ore,
Blanditiis nunquam flectere, neve minis.

Su cabeza inclinó:
Siervo obediente
Hasta el polvo llevó
Su humilde frente,
Y en el Señor murió.

Murió el Pastor:
Sus míseras ovejas,
Objetos de su amor,
Levantaron sus quejas,
Sus ayes de dolor.

Ven, si la nada te espanta,
Si el *no ser* te causa horror;
Ven, ese velo levanta
Y verás que en calma santa
Duerme el siervo del Señor.

El Arcángel de la vida
Marcó su línea al Pastor,

Y su Diócesis querida
Vióse en llanto sumergida
Bajo el peso del dolor.

Sobre la plataforma que se acaba de describir, se levantaba un zócalo de mármol amarillo de Cuenca, de mas de un metro de altura y cerca de cinco en sus costados, á los que se adherian á simétricas distancias, doce pedestales del mismo mármol, con incrustaciones de negro y oro, que les daban resaltante esplendidez. En los pedestales de los ángulos se elevaban cuatro trozos de columnas truncadas que recibian otros tantos candelabros de cerca de tres metros de altura, de mármol blanco y adornos dorados, con cuatro hachas en su base y una en su cúspide; y sobre los demás se veian brillar diez y seis grandes luces, sostenidas por el mismo número de candelabros de finísimo metal. En los entrepaños del zócalo, formados por los pedestales, se leian estas inscripciones, correspondiendo cada una al centro de cada costado:

SONETO.

Act. Pertransiit benefaciendo.
Cap. 10. V. 38.

Pasó sembrando el bien. Su grey querida
En torno de sus restos agrupada
Evoca la memoria venerada
De su existencia santa y bendecida.

Llenando su mision en esta vida,
Fija siempre en el cielo su mirada,
Sostuvo con firmeza levantada
La fé de nuestros padres combatida.

Inquebrantable, valeroso, fuerte
Adalid del Señor, en santa guerra,
No lo arredró jamás la adversa suerte;

Ni léjos de su grey y de su tierra
Perdió ni un solo instante, hasta su muerte,
La dulce paz que la virtud encierra.

OCTAVAS.

I. Cor. Ubi est mors victoria tua?
Cap. 15. v. 55.

Tema ¡oh muerte! tu inmenso poderio
La vil materia que á tu voz se abate.
Al sentirte llegar, tiemble el impío.
Mas si del justo el corazon que late
Puestos en Dios su amor y su albedrío,
Ya vencedor del mundo en el combate,
Cifra en tí la esperanza de su gloria,
¿En dónde existe ¡oh muerte! tu victoria?